

XXIII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO

Sabiduría 9, 13-18 Filemón 9b-10, 12-17 Lucas 14, 25-33

**“El que no renuncia a todos sus bienes
no puede ser discípulo mío”**

5 Septiembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“QUIÉN COMPRENDE LO QUE DIOS QUIERE?”

Hay frases muy sencillas que sorprenden por la belleza y la verdad que contienen. Carmen, con seis años de edad, decía: "A mí me gusta mucho sonreír; sólo que no lo hago todo el rato, porque no soy perfecta". A Carmen le gusta sonreír. Es difícil descifrar el alma de una niña de seis años; pero sorprende con qué sencillez expresa un sentimiento tan común en nuestra vida. Si quisiéramos explicarle al mundo lo que nos ocurre tantas veces, no lo podríamos decir mejor. ¿Acaso no nos gustaría también a nosotros sonreír todo el rato? No habría nada más maravilloso. Una sonrisa ensancha el alma y le da vida. Sonreír es un gesto delicado e inmenso. Dicen que no cuesta nada, pero es realmente difícil. Sonreír de verdad, claro. Sonreír por cumplido, o por quedar bien, o por disimular, es más fácil, es un simple gesto teatral. Pero, sonreír con toda el alma y dejar que tu vida se espeje ante el mundo, parece cosa de locos. Por eso Carmen, que con sólo seis años ya es sabia, considera que "todo el rato" es demasiado tiempo. En sus categorías infantiles le parece una verdadera eternidad. Está acostumbrada a los presentes que apenas duran o son eternos, a la sucesión de actividades y experiencias. Por eso, pensar en absolutos le parece imposible. De esta manera, en un gesto de humildad, reconoce que no es perfecta. Su sabiduría ya nos parece maravillosa. ¡Cuánto nos costaría a nosotros reconocer públicamente nuestra imperfección! Sería aceptar la derrota antes de intentar luchar hasta el final. **Es por todo esto que hoy quería comenzar con Carmen, porque en ella se esconde un mensaje lleno de certezas, para este domingo que nos plantea muchos interrogantes y nos alienta para no conformarnos y así poder darlo todo.**

Escuchamos el evangelio y nos vemos retratados en ese grupo dubitativo y serio que seguía al Señor: "En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús". Hombres buenos y valiosos, enamorados de Jesús, porque habían visto sus obras y habían escuchado sus palabras llenas de vida. Hombres generosos que, como nosotros tantas veces, le habían dicho a Jesús que sí, que lo seguirían donde les pidiese, que estaban dispuestos a beber del Cáliz y a dejarlo todo. Hombres fascinados por un hombre con rostro de Dios, que atraía con una fuerza que despertaba toda la vida que late en el corazón humano. Así lo expresaba **S. Gregorio**: "El alma se enardece cuando oye hablar de los premios de la gloria y quisiera encontrarse allí, en donde espera gozar eternamente. Pero los grandes premios no pueden alcanzarse sino después de grandes trabajos". Se enardece el alma, pero, de repente, cuando las cosas se ponen difíciles, duda. Cuando los planes propios no coinciden con los de Dios y no entendemos sus deseos, entonces, todo se apaga. No ocurre como les pasa los héroes de la famosa frase de **E. W. Stevens**: "No son héroes los desesperados, sino los que en plena serenidad y juicio prosiguen un camino trazado y avanzan, sin que se precipite su pulso ni se enardezca su sangre". Muchos se enardecieron al escuchar a Jesús y creyeron que eran capaces de darlo todo, sin llegar a dudar en ningún momento. Igual nos ocurre a nosotros, nos gustaría seguir siempre al Señor, "todo el rato", como dice Carmen, a quien tanto le gusta sonreír; sin embargo, pensar en seguirle todo el rato, nos parece imposible. Es tan fácil dudar y perder la fe en un momento, que tenemos que reconocer con

Carmen, que “*todo el rato*” es una eternidad y, por lo tanto, imposible. Claro que nos gusta sonreír, claro que querríamos dar paz siempre o hacer el bien en todo momento, o llegar a obedecer a Dios en todo lo que nos pide. Por supuesto que anhelamos lo perfecto y lo más grande. Claro que querríamos hacerlo todo bien siempre, por nosotros y por el mundo; para que una sonrisa pudiera reflejar el verdadero rostro de Dios. Claro que querríamos seguir al Señor todo el rato. Pero no podemos, no somos perfectos. **Cuando pensamos que sí, que todo está controlado, la sonrisa se desvanece y surgen las dudas.**

No siempre basta con que el corazón vibre y la sangre se encienda en un momento de amor radical, en el que estamos dispuestos a dar la vida. Cuando menos lo pensemos pueden surgir las dudas. Tal vez cuando creamos que tenemos todo bajo control. Tal vez cuando los miedos de un día sean sólo un vago recuerdo y el peligro parezca ya lejano. Tal vez cuando vivamos confiados pensando que nuestra fuerza es titánica. Tal vez cuando hayamos dejado de lado a Dios, confiados en nuestros propios recursos. En esos momentos en los que la vida es rutina y la costumbre nos parece aburrimiento, puede surgir la duda. En esos instantes en los que creemos que no somos tan felices como habíamos soñado, puede llegar el desánimo. **Entonces, puede tambalearse todo y puede brotar el deseo de no seguir adelante.**

Me ha tocado ser testigo en el último tiempo de esas dudas en corazones que yo no pensé que fueran a dudar nunca. Pero dudaron, y, en ese momento, no pidieron ayuda, se dejaron llevar y permanecieron vacilantes en un grupo grande de seguidores, que dejaron de seguir el camino soñado. Pensaron que querían ser felices de verdad, porque sentían que no lo eran. Y dejaron de ser fieles. Sin entrar a juzgarlo, como no juzgo a Carmen por no sonreír siempre, ni a ese grupo que seguía a Jesús pero no era capaz de dejarlo todo. No es posible juzgar, porque nuestro corazón es igual de débil. Siempre que un corazón duda cerca de mí recuerdo que yo estoy hecho de barro. Y entonces, vuelvo a tomar conciencia de algo esencial: no es suficiente y no basta con la sensación de fortaleza que a veces nos pueda invadir, al entusiasmarnos por seguir a Jesús; aunque el corazón vibre. No, no es nuestra sabiduría la que nos salva, esa sabiduría humana no nos lleva muy lejos; cuando viene el peligro y surgen los viejos miedos, todo puede derrumbarse: “*¿Qué hombre conoce el designio de Dios? ¿Quién comprende lo que Dios quiere? Los pensamientos de los mortales son mezquinos, y nuestros razonamientos son falibles; porque el cuerpo mortal es lastre del alma, y la tienda terrestre abruma la mente que medita. Apenas conocemos las cosas terrenas y con trabajo encontramos lo que está a mano: pues, ¿quién rastreará las cosas del cielo? ¿Quién conocerá tu designio, si tú no le das sabiduría, enviando tu santo espíritu desde el cielo? Sólo así fueron rectos los caminos de los terrestres, los hombres aprendieron lo que te agrada, y la sabiduría los salvó*” Sabiduría 9, 13-18. La sabiduría del hombre no es nada si no le viene dada del cielo la sabiduría de Dios; si no recibe la fuerza del Espíritu, si no encuentra la paz en el secreto del corazón de Dios, aún sin entender nada. **La verdadera sabiduría es la que recibimos como un don con el corazón de un niño.**

Para recibir esta sabiduría de Dios es necesario vivir con el espíritu que refleja el Salmo: “*Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación. Tú reduces el hombre a polvo, diciendo: «Retornad, hijos de Adán.» Mil años en tu presencia son un ayer, que pasó; una vela nocturna. Los siembras año por año, como hierba que se renueva: que florece y se renueva por la mañana, y por la tarde la siegan y se seca. Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Ten compasión de tus siervos. Por la mañana sáicianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo. Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos*”. Sal 89, 3-4. 5-6. 12-13. 14 y 17. Nos recuerda que estamos hechos para Dios y que hace falta mucha perseverancia y mucha constancia para no dudar. Es necesario nuestro sí en lo pequeño, en las sutilezas de la rutina diaria. Y mirar siempre más arriba, poner nuestra meta en la

cumbre, soñar con lo más grande como nos lo recuerda S. Agustín: "Por tanto, aquello que nos dice el Apóstol: Sed constantes en orar, ¿Qué otra cosa puede significar sino que debemos desear incesantemente la vida dichosa, que es la vida eterna?". **No obstante, nosotros deseamos antes otras cosas que pasan de prisa y mueren.**

Lo que ocurre es que, para perseverar, no bastan las buenas intenciones. Dice Gregorio de Niza: "El Señor llama dichosos no a los que saben algo de Dios, sino a los que lo poseen en sí mismos". No es suficiente con saber de Dios y hablar bien de Él. La vida no consiste en predicar cosas bonitas. Tenemos que poseer a Dios en el corazón. Se trata de vivir a Dios en plenitud. Y para ello qué importante es el silencio del que nos habla la Madre Teresa: "El silencio de la lengua nos ayuda a hablarle a Dios. El de los ojos, a ver a Dios. Y el silencio del corazón, como el de la Virgen, a conservar todo en nuestro corazón. Dios es amigo del silencio, que nos da una visión nueva de las cosas". En el silencio comienza todo. Allí se forjan los cimientos de nuestra vida. Es necesario construir sobre roca, levantar la torre sobre tierra firme. Los cálculos humanos son distintos a los cálculos de Dios: "Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, diciendo: "Este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar." **S. Gregorio Magno**, a quien hemos celebrado estos días, hablaba de una atalaya: "El Señor compara su predicadores con una atalaya. El atalaya está siempre en un lugar alto para ver desde lejos todo lo que se acerca. Y todo aquel que es puesto como atalaya del pueblo de Dios debe, por su conducta, estar siempre en lo alto, a fin de preverlo todo y ayudar así a los que tiene bajo su custodia". ¡Qué importante construir bien la atalaya, la torre, para que no se caiga, para que la vean y en ella muchos descubran el camino a seguir! Estamos llamados a ser atalayas en medio del mundo, como este Papa que tuvo que dejar el claustro de su vida monacal para conducir la Iglesia. **La atalaya se ha de construir sobre la oración, sobre el silencio que nos hace vivir en Dios. Los cimientos se hunden en la tierra firme de Dios.**

La atalaya o la torre representan nuestra propia vida. El protagonista de la película "La casa de mi vida" decía: "Yo siempre me he visto como una casa. Ha sido como el lugar donde vivía. No tenía que ser grande, ni siquiera bonita, sólo ser la mía. Y por eso hice lo que debía hacer: me construí mi vida, me construí mi casa". Se trata de construir bien nuestra vida. Es el camino que tenemos que seguir. Nuestra casa, la torre o la atalaya que es nuestra vida, es una obra que tiene que durar para la eternidad. Es un camino largo y sabemos que no resulta sencillo seguir los pasos del Señor y aceptar la realidad que nos toca vivir en cada momento. Pero, ante todo, tenemos que calcular con aquello que Dios ha puesto en nuestras manos para construir. Nuestra casa puede que no sea la más bonita, ni la mejor decorada; tal vez no sea la más grande o la que posea una mejor vista. Sin embargo, aceptar nuestra vida tal y como es, significa querer con un corazón alegre esa casa mía, porque es la que nos toca levantar y mantener firme en medio de la tormenta. Muchas veces vivimos comparándonos, o soñando con casas que no son nuestras. No nos conocemos, no sabemos los materiales con los que contamos, no somos conscientes de nuestras fueras. Por eso nos empeñamos en despreciar lo propio, la calidad de nuestra piedra o el lugar donde nos ha tocado mantenernos firmes. Y miramos con nostalgia otras vidas pensando que son mejores que la nuestra, más plenas. En esos casos no le damos el sí a esa casa que Dios nos ha dado, en el lugar donde nos ha puesto. **Es ahí donde Dios nos pide que perseveremos y seamos fieles.**

Para poder construir cimientos firmes en nuestra casa es necesario que nuestro corazón esté profundamente anclado en el corazón de Dios y de María. Sin esos cimientos firmes nada funciona. Dios nos enseña a descubrir su presencia en el camino. Él es la base sobre la que cimentamos nuestra esperanza. Él nos hace ver en la oscuridad y en las sombras, aunque sea a través de una simple rendija. **El P. Kentenich decía:** "A través de las diferentes situaciones y circunstancias, me abre Dios una rendija por la que puedo mirar e

*indagar qué es lo que Él quiere de mí en un momento determinado. Vivir de esta manera el espíritu de la fe es un gran heroísmo. Pero así adquirimos una actitud fundamental ante la vida que nos permitirá ver todas las cosas con ojos nuevos*¹. Esos ojos nuevos son los que necesitamos para que nuestra casa sea firme y sólida. El **Papa Benedicto XVI** invitaba a los jóvenes esta semana a ir “más allá” en su vida: “Echar raíces significa volver a poner su confianza en Dios. De Él viene nuestra vida; sin Él no podríamos vivir de verdad”. El Evangelio de Jesús de hoy es una invitación a los jóvenes, a aquellos que están construyendo su vida desde los cimientos. Los jóvenes de hoy se encuentran en un mundo de las cosas relativas, donde todo vale y nada es seguro. El Papa y el mismo Jesús nos invitan a poner nuestra confianza en Dios y a entender que nuestra única certeza es que Dios está detrás de todo y nos indica el camino. **Confiando en la oscuridad es posible vivir la fidelidad que Dios nos da como un don.**

Sin embargo, no resulta fácil muchas veces seguir a Jesús con todo el corazón y toda la vida. No conocemos sus planes y nos sorprende siempre su forma de actuar. Nosotros tenemos otra forma de calcular lo que puede ocurrir. Jesús nos lo recuerda: *¿Qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz?* Lucas 14, 25-33. Los cálculos humanos lo prevén todo y piensan que la vida está bajo control. No obstante, los imprevistos siempre vienen a hacer tambalear nuestra vida y esperanzas. Seguramente muchas cosas estaban previstas por los cálculos humanos en una mina de Chile, que se hundió encerrando a treinta y tres mineros. Desde hace día estos mineros viven a 700 metros de profundidad sin saber qué va a pasar con sus vidas. Viven sin luz, durmiendo sobre rocas, racionalizando la poca comida y el poco líquido que tienen, sufriendo por no poder llegar de nuevo al hogar, para amar a su mujer y descansar en una cómoda cama; algunos se desesperan, otros se vuelven iracundos. En esas circunstancias sólo una fe incombustible, no una fe cualquiera, es la que puede mantenerlos con esperanza. Los planes y cálculos que tenían en su corazón yacen ahora en la oscuridad y en la incertidumbre. Sin embargo, no han perdido la fe. Ellos rezan confiados como los niños, sabiendo que Dios ve en la oscuridad y cuida de ellos con cariño. Aunque el mundo parezca decirles que su vida no tiene remedio, que Dios los ha abandonado en lo profundo de la tierra, ellos creen en lo imposible. Y es que nuestra vida está sujeta de un hilo y descansa en las manos de Dios. **El P. Kentenich decía:** *“La vida es el juego en el que Dios de repente se olvida de las reglas y lanza la bola a su antojo. No sigue una lógica que podamos comprender”*². La lógica de Dios nos parece absurda, demasiado dura y difícil de comprender con nuestros ojos humanos. Nosotros construimos sobre lo posible, sobre lo racional, sobre lo previsible. Con nuestros cálculos llegamos a lo posible. La torre y la batalla son dos ejemplos de todo lo que puede dar nuestro cálculo humano. No se puede construir nada más que con los medios con los que contamos. Nada más. Por eso **M. Karamchand Gandhi nos recuerda que nuestra sabiduría es poco sabia:** *“Haríamos muchas cosas si creyéramos que son muchas menos las imposibles”*. **Llegaremos a realizar lo imposible cuando cambiemos nuestra forma de ver la vida.**

Jesús nos muestra el camino para vivir con Él, para no dudar, para tener una fe que vea en la oscuridad: *“Él se volvió y les dijo: «Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no lleve su cruz detrás de mi no puede ser discípulo mío”.* Siempre nos resultan duras y exigentes estas palabras. No basta una mediana entrega, no basta con dar algo, o darnos un poco o lo que pensamos suficiente. ¡Cuántas personas en

¹ J. Kentenich, Lunes por la tarde, T. 21, 190

² J. Kentenich, 1966

su relación con Dios lo calculan todo! Piensan que tienen que crecer y se proponen pequeños avances. Y Dios los mira con cariño, porque sabe que necesitan su tiempo. Pero puede llegar un momento en que la vida se juegue en seguir radicalmente las palabras de Jesús. Entonces ya no bastará con llevar una vida media, con permanecer a la altura de la planicie. Es necesario entonces construir una atalaya, una torre alta y elevada desde la que mirar, con algo de distancia, nuestra propia vida. Entonces, para dar un paso así, un salto de fe tan extremo, hace falta que grabemos a fuego en el corazón las palabras de Jesús. Y, aún así, nos preguntamos: *¿Cómo posponer la propia familia, aquella que Dios nos ha dado como misión y camino de vida? ¿Cómo dejar de lado lo que Dios mismo ha puesto sobre nuestros hombros?*

Nos siguen chocando estas palabras tan duras. Cuesta comprenderlo: “*Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío*”. Primero nos pide que lo calculemos todo, y luego que nos desprendamos de todo. Jesús habla con aquellos hombres que estaban dispuestos a seguirle por entero, que no querían una entrega pobre sino generosa, total. Sin embargo, cuando llega el momento de la verdad, cuando tienen que optar de forma definitiva, dudan, porque seguían muy apagados al mundo. Esto nos hace pensar en nuestra propia vida, en la que habrá momentos determinantes en los que nuestras decisiones marquen un antes y un después. Serán decisiones que afecten a nuestros seres queridos, a realidades que pensamos que Dios no nos puede quitar nunca. Jesús hoy nos plantea estas preguntas a nosotros, en el contexto es el que nos toca vivir, hoy mismo, en este curso que se nos presenta. Es necesario que hoy, al escuchar el deseo de Jesús, que quiere que le sigamos dejándolo todo, libres de todo aquello que nos pueda atar, seamos capaces de preguntarnos con un corazón sincero: *¿Qué quiere Dios que dejemos atrás? ¿De qué tenemos que desprendernos? ¿Cuáles son las ataduras que nos impiden seguir a Jesús allí donde Él nos llama?*

La petición de Jesús va unida al mandato de tomar la cruz. La cruz no se puede separar de nuestro camino. No podemos dejar atrás las cruces que son parte de nuestra vida y son el puente que nos llevan a lo más alto. Tomar la cruz significa besarla, amarla y llevarla sobre los hombros sabiendo que no podemos hacerlo solos. Es imposible cargar con la cruz con nuestras propias fuerzas. El corazón se debilita y la noche nos llena de miedos. La cruz es el camino de la conversión, aunque muchas veces no lo entendamos. En la cruz que nos toca vivir podemos encontrar la voluntad de Dios o hundirnos en la desesperanza. Hoy **S. Pablo** nos habla de **Onésimo**, al que él ha engendrado en la fe en la misma cárcel. La cruz de la cárcel se convierte para este esclavo en un camino de liberación: “*Yo, Pablo, anciano y prisionero por Cristo Jesús, te recomiendo a Onésimo, mi hijo, a quien he engendrado en la prisión; te lo envío como algo de mis entrañas. Me hubiera gustado retenerlo junto a mí, para que me sirviera en tu lugar, en esta prisión que sufro por el Evangelio; pero no he querido retenerlo sin contar contigo; así me harás este favor, no a la fuerza, sino con libertad. Quizá se apartó de ti para que lo recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino mucho mejor: como hermano querido. Si yo lo quiero tanto, cuánto más lo has de querer tú, como hombre y como cristiano. Si me consideras compañero tuyo, recíbelo a él como a mí mismo*”.

Filemón 9b-10. 12-17. El que no era libre antes de la cárcel, sale de la prisión con la libertad de los hijos de Dios, convertido y enamorado de Cristo. Aprender a descubrir el sentido de los planes de Dios, aprender a caminar confiados siguiendo sus pasos, es un don de Dios en nuestra vida. Hoy queremos empezar este nuevo curso construyendo sobre cimientos firmes, sobre la roca segura de Cristo y de María. Hoy, en el silencio del corazón, nos abandonamos con una fe heroica en sus manos, y creemos en todo lo que el Señor puede hacer con nosotros. **Lo hará sólo cuando nos desprendamos de todo lo que nos ata. Por eso queremos creer en lo imposible para este nuevo curso que se nos regala.**